

horribles, sangrientas é inmorales escenas, el interés que inspiraba el génio favorecido por la religion, con las felices pinturas de las pasiones humilladas ante el irrevocable juicio de los pueblos; el poder perseguidor de los remordimientos, la voz imperiosa de la conciencia ó el grito aterrador de la fé. Señores, ya veo que faltan distinciones á la sociedad presente, para explicar su entusiasmo en favor de Alejandro Dumas, Victor Hugo, Scribe, Vigny y otros muchos de la época actual. Pero en verdad: ¿qué juzgais de ellos? ¿qué pronosticais para su gloria póstuma? ¿dónde están los tesoros que dejan á la posteridad? ¿qué virtud han creado? ¿qué vicio han extinguido? ¿qué institucion importante han impulsado, ó siquiera ennoblecido? ¿qué lágrimas han enjugado? ¿qué espíritu han formado? ¡Ah! hijos de la desesperacion y sedientos al mismo tiempo de boga, quieren dominar la sociedad; pero desprovistos de fé, solo cuentan con los crímenes; y colocados en esta triste necesidad, buscan siempre la parte más inmunda de la humanidad para encontrar la inspiracion, y despues de haber recorrido cuantos atentados y vicios contaba la historia en sus anales, y la moral habia cubierto con una prudente reserva para no acancerar al mundo, los inventan nuevos, ense-

ñando todos los dias á la sociedad mil inauditos medios de corromperse, de prostituirse y de aniquilarse. ¡Triste condicion, por cierto: huir siempre del órden, de la regularidad y de la virtud, para extasiarse en el cuadro de las miserias humanas, y hasta en la posibilidad de los crímenes, como esas aves asquerosas y funestas que abandonan siempre los deliciosos prados y los magníficos bosques, para vivir en los desiertos y buscar algunos restos inmundos en que saciar su hambre rabiosa!

No podia ser de otra manera: cuando se abandona el pensamiento religioso, único que dominando á todo el hombre y comprendiéndolo el conjunto de sus relaciones infinitas, es capaz de abastecer al talento y al génio en todos los siglos, para que produzcan y admiren sin cesar, contando siempre con una fuente inagotable y pura á donde ir á recibir las más felices inspiraciones, y con un minero precioso de ricos y variados asuntos; es preciso que los resortes se gasten, y el estro se enerve y debilite, y la inspiracion se apague y la poesia descienda desde la altura donde se ha visto colocada en todos los siglos, hasta el rango miserable de una fastuosa declamacion.

Hemos demostrado la necesidad del principio teológico en las ciencias, que se animan esencialmente de la verdad. Pero las ciencias, señores, las mismas ciencias no correrían tanto riesgo como la poesía: porque al fin, ellas caminan sobre los hechos y á la luz del raciocinio: no les incumbe la precision rigurosa de la novedad, ni entra en sus atributos el crear cosa alguna, ni ménos se hallan comprometidas á volar siempre por la region inaccesible de la sublimidad y la grandeza.

¿Pero qué hará el poeta sin fé? ¿qué inspiracion podreis esperar del escepticismo de la inteligencia, del materialismo de la razon? Sin fé, señores, no hay maravilloso poético: sin moral, no hay caracteres ni para la epopeya ni para el drama; sin religion, no hay sentimientos. ¿Con qué reemplazará pues el poeta esta inmensa falta? ¿Cómo producirá esas gracias siempre antiguas y siempre nuevas, que se admiran sin esfuerzo, se apuran sin fastidio, se repiten siempre con trasporte, y parecen ser tan fecundas, como inmenso es el corazon? ¡Ah! cegada esta fuente del verdadero sublime, el poeta tendrá que venir á la miserable region de la moda, y buscar en el artificio mecánico de las decoraciones el in-

teres que no puede encontrar ya en el carácter dramático de su asunto: impotente para ligar con la cadena de oro los sentimientos más nobles y más íntimos del alma, se ocupará todo en el manejo de las sensaciones físicas, reduciendo el arte á brutales narraciones y atroces pinturas para producir en el pueblo aquella barbarie que los antiguos poetas se propusieron estirpar con sus cantos (1). Por esto Dumas, Hugo y Vigny,

- (1) Silvestres homines sacer interpresque Deorum
 Cædibus et victu fædo deterruit Orpheus;
 Dictus ob hoc lenire tigres rabidosque leones:
 Dictus et Amphion, Thebanæ conditor arcis;
 Saxa movere sono testudinis, et prece blanda
 Ducere que vellet. Fuit hæc sapientia quondam
 Publica privatis secernere, sacra profanis;
 Concubilu prohibere vago, dare jura maritis:
 Oppida moliri; leges incidere ligno:
 Sic honor et nomen divinis vatibus, atque
 Carminibus venit.....

HORAT. EPIST. AD. PIS.

Intéprete del cielo el sacro Orfeo
 De la vida salvaje y mutuo estrago
 Alejó con horror á los mortales;
 Y por eso se dijo que su lira

no contentos, dice un escritor moderno, con el material de las decoraciones y los efectos de la escena, añadieron aún el lujo de los incestos, de las violencias y de los asesinatos. . . . Por esto Victor Hugo, creyendo al parecer, que el vicio es siempre grande, y más grande mientras es más atroz, y queriendo añadir la ingenuidad al crimen, le rodea siempre de circunstancias y pormenores vulgares. ¿Qué resulta de aquí? un drama no se distingue ya de la corte de lo crimi-

Logró amansar los tigres y leones:
Cual á Aníón la fama le atribuye,
Porque de Tebas levantó los muros,
Que al eco de su cítara movía
Las piedras de su asiento, y que do quiera
Con seductor encanto las llevaba.

El saber de los tiempos primitivos
Tuvo objetos augustos: poner lindes
Al público derecho y al privado,
A las cosas sagradas y profanas;
Vedar la vaga union de entrambos sexos,
Dar al lecho nupcial fueros y norma;
Edificar ciudades, grabar leyes
En duraderas tablas. . . . Así un día
Sacros honores y divina gloria
Alcanzaron los vates y sus versos.

TRADUCION DE MARTINES DE LA ROSA.

nal, drama cuyos heroes son grandes cocineros vulgarísimos, que dan violentas puñaladas, diciéndose injurias dignas de las tabernas: es una Maria Tudor, que á la faz de toda su corte llena de los mayores ultrajes al hombre en cuyos brazos descansaba en la misma mañana: es una Lucrecia Borgia, que cuenta sus amantes pasados por el número de los sepuleros que preventivamente ha hecho preparar: es un Francisco I, que se embriaga en las tabernas, y emplea el lenguaje que de ellas es propio (1)."

¿A dónde iríamos á parar, si apoyando la crítica literaria en los objetos morales y políticos que debe tener la poesía, y muy en particular la epopeya y el drama, caminásemos en pos de lo positivo y útil que por espacio de un siglo nos haya producido esa funesta galería de ingenios malogrados y prostituidos, que sacudiendo el freno de la moral, y abandonando el yugo de la fé, se han engolfado en esa especie de inmensidad que siempre halla un genio perverso y un malvado brillante en una sociedad ya gangrenada por el materialismo y la indiferencia religiosa?

(1) Du Theatre en Europe, et du drame. REVUE BRITANIQUE.

Los ménos adictos á la escuela teológica han reconocido dos cosas que apoyan enérgicamente nuestras convicciones: primera, que la religion imprimió á la Literatura ese carácter de magestad y grandeza que bastó para eternizar el siglo de Luis el grande: segunda, que el décimo octavo fué de una verdadera decadencia pro lucida principalmente por la filosofía escéptica y el desorden social, en que se inculcó toda su Literatura.

“El genio literario del siglo décimo sétimo, dice Villemain, se habia formado bajo tres influencias: la religion, la antigüedad y la monarquía de Luis XIV. De estas causas muy diversas, no ménos que del espontáneo y vigoroso vuelo de una nacion jóven y fuerte, salió aquella grande escuela de gusto y de elocuencia, que no será excedida jamas. Las influencias que dominaron la Literatura del siglo XVIII, son al contrario, la filosofía escéptica, la imitacion de las literaturas modernas y la reforma política (1).” Este mismo escritor busca en vano en las escuelas modernas cosa alguna que oponer á la inspiracion lírica que debió Prudencio al triste, al sensible cuadro

(1) Tableau de la Littérature au XVIII siecle. T. 1.

de los inocentes sacrificados por Herodes. Cita el *Silvete flores Martyrum*, y no teme asegurar, que el encanto de entusiasmo y de fé que nosotros vemos como los dos primitivos elementos del poeta, son la verdadera causa de tantas bellezas. “Cuando la Europa, dice, vuelta á la barbarie, empezaba á esclarecese, y el espíritu del Dante flotaba sobre el caos, la poesía lírica, saliendo del templo, quedó toda cristiana y religiosa.”

Concluyamos, señores, con una cita de la primera importancia; porque se trata de un escritor, que si no tiene la primacia, tampoco se halla colocado en el segundo rango de los de su género. “Las relaciones del cristianismo con la poesía y con el arte de la exposicion, son de la más alta importancia, cuando se pregunta cuáles son en general las de la civilizacion de los modernos con la de la antigüedad, y hasta qué punto se ve obligada aquella á luchar contra esta última, para llegar al mismo grado de perfeccion. ¿Qué fueran una poesía y un arte que se limitasen á reproducir como sombras esas figuras y formas de la antigüedad cuyo espíritu ya no existe, y que quisieran exponer la vida actual y moderna, pero permaneciendo siempre

en la superficie, y sin tocar jamás el centro más profundo de todas las ideas y sentimientos propios de la Europa moderna!

De ahí los esfuerzos siempre renacientes de los pueblos, de los siglos enteros y de tantos ingenios, para exponer y embellecer el cristianismo, no solamente en las artes, sí que también en la poesía."

"La verdadera respuesta á la tan importante cuestion que he indicado, me parece hallarse en la observacion que ántes he hecho, que la exposicion indirecta del cristianismo, que la influencia mediata de su espíritu sobre la poesía es, si no el manantial exacto y verdadero, á lo ménos incontestablemente el que hasta ahora ha sido más seguro y ha tenido mejor éxito.... (1)."

Tal vez no podria ser tan explícito, tratándose de las bellas artes, porque el espíritu del siglo resiste naturalmente el carácter histórico y filosófico de mi argumento. No entraré por lo mismo en una positiva discusion sobre este

(1) SCHLEGEL. Historia de la Literatura antigua y moderna. Cap. IX.

punto; pero trasladándome con vosotros á la capital del mundo cristiano, quisiera, señores, que esos nuevos filósofos que han levantado su bandera contra el catolicismo, contestaran sencilla y categóricamente á esta pregunta: ¿por qué motivo no hay quien dispute á Roma el primado de las bellas artes? Y notad, que no soy yo, ni es tampoco una persona que pueda infundir graves sospechas á los partidarios entusiastas del filosofismo, quien ha hecho á Italia los más poéticos honores, y quien ha pretendido que todo el género humano ha estado mil veces sometido á Roma, no ya por el poder que sus primeros conquistadores desarrollaban en el campo de batalla, sino muy particularmente por el dulce é irresistible influjo de sus bellas artes. La baronesa de Stael ha hecho decir á Corina, que Roma conquistó al universo por su genio; que el carácter de esta nacion se imprimió sobre el mundo; que Italia reapareció con los divinos tesoros que los griegos fugitivos trageron á su ceno, y elevándose á la mayor altura, empuñó á la faz del mundo el cetro del pensamiento. Que sus pintores y sus poetas criaron para ella una tierra, un olimpo, infiernos y cielo: recuerda el nombre de Petrarca ceñido con la corona poética, señala en nuestros misterios religiosos la gloria del

Dante, y tiene cuidado de apuntar el fúnebre ciprés de donde están pendientes los laureles póstumos del Tasso. Miguel Angel, Rafael, Pergoleso, encabezan la brillante galería de los artistas célebres, mientras que por otra parte, el coliseo, los obeliscos, todas las maravillas que desde el centro del Egipto y de la Grecia, desde la extremidad de los siglos, desde Rómulo hasta Leon X, se han reunido en aquella tierra clásica, como si la grandeza atrajese á la grandeza, parece que han apiñado sobre los muros de los palacios pontificios todas las antiguas glorias y todos los bellos siglos de las letras y de las artes.

No soy tan avaro, señores, que mientras en este bello asunto reclamo para Dios lo que es de Dios, rehuse al mismo tiempo al César lo que es del César. Conozco que los soberanos temporales han tenido una parte no pequeña en los maravillosos progresos de las bellas artes; y sé también, que en los más ricos museos de la Europa figuran con el esplendor que les corresponde los monumentos que ha consagrado el genio del artista, no solo á nuestros asuntos sagrados, sino á los más señalados cuadros de la historia profana. Pero recuerdo al mismo tiempo, sin temor de

menoscabar la gloria de tantos soberanos ilustres, que cuando el mundo moderno se sorprendía con los monumentos del arte, los principios católicos entraban sin repugnancia en la ciencia política, y el genio del cristianismo brillaba con magestad, no solo en las moradas de los Pontífices, sino también en los palacios de los Reyes. Una palabra más, y concluyo. Invadió el protestantismo la tierra, y las bellas artes quedaron reducidas á una condicion bien humillante.

“Cortó, dice Chateaubriand, las alas al genio, y le hirió por el pié. La religion católica ha cubierto al mundo con sus monumentos: á ella se le debe esa arquitectura gótica que rivaliza por sus pormenores, y borra por su grandeza los monumentos de la Grecia. Tres siglos ha que nació el protestantismo; su poder es ya muy notable en Inglaterra, en Alemania, en América, y millones de hombres le practican: ¿qué monumento ha levantado? Os mostrará las ruinas que ha hecho, entre las cuales ha plantado algunos jardinos ó establecido algunas manufacturas (1).”

(1) Etudes historiques, Preface.